

## Sumario

*Monseñor Juan Esquerda profundiza en este artículo en la dimensión misionera del discipulado evangélico. A partir de este presupuesto, hace un recorrido histórico del despertar misionero en América Latina y el Caribe, a la luz del discipulado, destacando los mensajes del Papa Juan Pablo II en sus viajes pastorales a nuestro Continente y los aportes de las Conferencias Generales del Episcopado. El autor concluye sus reflexiones afirmando, a la luz de Ecclesia in América, que es el momento de asumir con más decisión la responsabilidad misionera desde la propia pobreza con miras a llevar el mensaje de salvación integral a toda la persona y a todas comunidades sin exclusivismos ni reduccionismos.*

# La misionariedad de la Iglesia en América Latina, a la luz del discipulado evangélico

**Mons. Juan Esquerda Bifet**

*Doctor en Teología. Profesor en el ITEPAL. Ha escrito numerosas obras de teología, espiritualidad y misionología.*

## Presentación

El despertar misionero de América Latina, «ad intra» y «ad extra», ha de quedar incentivado principalmente por la realidad evangélica del «discipulado». Ser «discípulos» equivale a una actitud de «escucha» para «aprender» y comprometerse en el «seguimiento» del Señor y en su misma misión.

Quien vive el «discipulado», no hace de la «misión» un simple concepto o una opinión de escuela y del momento, sino una realidad viviente y permanente. La «misión» también tiene un rostro y un nombre, puesto que ha quedado «personificada» en el mismo Cristo. No somos nosotros quienes «hacemos» o elaboramos la misión, sino que es la misión la que tiene que modelar nuestro modo de pensar, de valorar y de decidirse. Quien ha encontrado a Cristo y se ha decidido a seguirle, deja de lado sus propios proyectos y esquemas, para poder compartir la misma vida y la misma misión de Cristo.

La Iglesia en Latinoamérica ha realizado ya un itinerario misionero, que siempre queda inconcluso, «hasta que venga» el Señor (1 Cor 11,26; cfr. Hech 1,11). Nos encontramos siempre en un punto o momento histórico de llegada, que se convierte en un punto de partida, como caminar de Iglesia peregrina, «sacramento universal de salvación» (LG 48). ¿Cuáles son en América Latina las urgencias actuales y la programación más adecuada en vistas a una misión sin fronteras y en un mundo global, a la luz del discipulado evangélico?

### 1. EL DISCIPULADO EVANGÉLICO ES ESENCIALMENTE MISIONERO

El *discipulado* evangélico indica relación íntima con Cristo, para compartir su misma vida y su misma misión. El Señor llamó a los «após-

toles» y «discípulos» para que participaran en su misma misión evangelizadora. De hecho, la llamada tiene lugar mientras Jesús mismo estaba evangelizando por «todas las ciudades», «enseñando», «predicando el evangelio del Reino» y «curando» (Mt 9,35; cfr. Mc 6,6).

El discipulado hace, pues, referencia a la misión, en cuanto que ésta queda personificada en el mismo Jesús. Se entra en relación con él (encuentro vivencial), para compartir su misma vida (seguimiento), en colegialidad de hermanos (comunión), para dedicarse de por vida a anunciar y testimoniar el evangelio (misión). La misión incluye comunicar a los demás la propia experiencia del encuentro y del seguimiento de Cristo, de camino hacia la cruz y la resurrección (misterio pascual).

Los «discípulos» son elegidos y llamados para seguir a un Maestro, que es «el camino, la verdad y la vida» (Jn 14,6). Se acepta vivencialmente su enseñanza y su amistad, optando por él hasta dejarse transformar en sus testigos. La misma narración evangélica, especialmente en San Lucas, indica un camino de Jesús hacia Jerusalén, hacia la Pascua, acompañado de sus discípulos.

Fueron llamados para «estar con él» (Mc 3,14) y, de este modo, poder compartir su misma vida y sus amores o sentimientos (cfr. Jn 15,9), en unión fraterna con los demás discípulos. El «camino» es a modo de escuela y de itinerario formativo, para llegar a sintonizar con los criterios, escala de valores y actitudes hondas de Cristo (cfr. Fil 2,5-7). Los discípulos se hacen «familiares» o «hermanos» del Señor, porque «escuchan la Palabra (en el corazón) y la ponen en práctica», siguiendo el ejemplo de María (Lc 8,21; cfr. Lc 2,19.51). Para ser testigos de la pasión, muerte y resurrección del Señor, hay que escuchar al «hijo amado» del Padre (Mc 9,7).

El itinerario formativo del discipulado evangélico incluye una disponibilidad para dejarlo todo por él, es decir, para no anteponer nada a su amor y amistad (cfr. Lc 5,11,28; 9,57-62). Las renunciaciones son una consecuencia del amor, puesto que se deja todo por él, es decir, «por el evangelio» (Mc 10,29), por el «Reino de Dios» (Lc. 18,29).

Aunque la llamada al discipulado es común a todo bautizado, como llamada a la santidad y al apostolado, no obstante, en cada vocación

específica (laical, sacerdotal y de vida consagrada) tiene sus matices peculiares: «Una misma es la santidad que cultivan en cualquier clase de vida y de profesión los que son guiados por el espíritu de Dios y, obedeciendo a la voz del Padre, adorando a Dios y al Padre en espíritu y verdad, siguen a Cristo pobre, humilde y cargado con la cruz, para merecer la participación de su gloria» (LG 41)<sup>1</sup>.

Cuando los evangelistas sinópticos describen el discurso misionero de Jesús, destacan que «convocó a los doce» (cfr. Mt 10,1; Lc 9,1), con una «llamada» especial (cfr. Mc 6,7; Mc 3,13), señalándolos por su nombre (cfr. Mt 10,2-4; Mc 3,16ss). En el envío según Lucas 10,1ss, se dice que «designó a otros setenta y dos». La llamada para la misión es un don del Padre y una iniciativa de Jesús, que invita a orar insistentemente (cfr. Mt 9,38; Lc 10,2). Los «apóstoles» son escogidos para prolongar a Cristo y su mismo estilo de vida en la misión<sup>2</sup>.

Ya la primera llamada de los «doce» tuvo como objetivo «enviarlos a predicar» (Mc 3,14). En este sentido son llamados «apóstoles» (enviados) (Lc 6,13). El envío no puede desligarse del encargo dado por Jesús al multiplicar los panes: «Dadles vosotros de comer» (Mc 6,37; Mt 14,16; Lc 9,13; cfr. Jn 6,5). Jesús entrega su «pan» (símbolo de su Palabra y Eucaristía) para que los discípulos lo reciban y lo compartan. Entonces se prolonga la misma misión de Jesús: «Dad», «haced esto», «id», «enseñad»... Es siempre el encargo profético y eucarístico. Se trata de una dependencia total respecto a Jesús, para poder obrar en su nombre, como «cooperadores y copartícipes de su palabra, de su acción y de su amor»<sup>3</sup>.

<sup>1</sup> Ver una síntesis de los contenidos sobre el «discipulado»: S. GUIJARRO, *Discipulado*, en: *Diccionario de Jesús de Nazaret* (Burgos, Monte Carmelo, 2001) 276-285. Ver también: S. SILVA RETAMALES, *Discipulo de Jesús y discipulado según la obra de san Lucas* (Bogotá, CELAM y Paulinas, 2005) cap. II (Discipulo y discipulado en el proyecto literario de san Lucas). Ver otros estudios en la nota siguiente.

<sup>2</sup> Cfr. J.A. FITZMYER, *Luca teologo. Aspetti del suo insegnamento* (Brescia, Queriniana, 1991), cap. 5° (Il discepolato negli scritti lucani); R. LONGENECKER, *Paternalism of Discipleship in the New Testament* (Grand Rapids, 1996); D.M. SWEETLAND, *Our Journey with Jesus. Discipleship to Luke-Act* (Collegeville, 1990).

<sup>3</sup> I. GOMÀ, *El evangelio de San Mateo* (Madrid, Marova, 1976) I, cap. V (Los enviados del Mesías), p.521. Cfr. J.A. RAMOS, *Teología pastoral* (Madrid, BAC 1994) pp.25-32 (el grupo de los doce). Se podría hablar de una «inclusión hebraizante», puesto que la palabra de Jesús (Mt 5-7) y su acción salvífico-pastoral (Mt 8-9) se convierte ahora en misión de los apóstoles, como una continuación lógica. Los enviados de Jesús hablan y obran como Él (Mt 10,1-41).

Los discípulos de Jesús, como enviado por él, están llamados a compartir su mismo camino de Pascua, su camino «hacia Jerusalén» (Lc 9,51). Les «escucharán» y también los «rechazarán» como a Jesús (Lc 10,16). Son los «amigos del esposo» (Mt 9,15), que, por compartir su camino doloroso, también podrán compartir su «gozo» y su «descanso» (Mc 6,30-31; Lc 9,10 y 10,17). «Sin lugar a duda, la persona y el ministerio de Jesús fue el catalizador que desencadenó el impulso cristiano hacia la misión»<sup>4</sup>.

El anuncio de la verdad evangélica exige del apóstol una actitud de prudencia y, al mismo tiempo, de amor a las personas: «Os envío como corderos en medio de lobos; sed prudentes como serpientes y sencillos como palomas» (Mt 10,16). También los enviados de Jesús serán «traicionados» o «entregados» como el Maestro (cfr. Mt 10,17-19; cfr. Lc 9,21-22; 18,31-34). Pero ello responde a un plan misterioso de la providencia divina que cuida hasta de los pájaros y ayuda a superar los «temores» del fracaso, puesto que el Padre («vuestro Padre», dice Jesús a los apóstoles), se cuida del mensajero (Mt 10,29-31).

En el caso de que el mensaje sea rechazado, el evangelizador debe dejar bien claro que él seguirá llamando a la conversión como apertura a la persona y al mensaje de Jesús. Este es el significado del gesto simbólico de «sacudir el polvo» de los pies (Mt 10,12). La oferta del evangelio es una ocasión única que se podría malograr.

Por ser personificación del mismo Jesús, la misión le pertenece intrínsecamente. Por esto los enviados vuelven continuamente a él para «darle cuenta de todo lo que habían hecho y enseñado» (Mc 6,30; Lc 9,10). El Señor quiere amigos fieles y gozosos en la esperanza<sup>5</sup>.

Jesús, a su enviados, les hace partícipes de su «gozo», porque ya están anotados sus «nombres en el cielo», junto al nombre del mismo Jesús (Lc 10,20; cfr. Mt 10,32; Fil 2,9-10). Es «gozo en el Espíritu Santo» (Lc 10,21; cfr. Jn 16,22-24), que les ha hecho «testigos» y transparencia suya (Jn 15,26-27). Es el gozo de ver que el Padre es amado y glorificado en la salvación de «los pequeños» (Lc 10,21).

<sup>4</sup> C. STUHLMÜLLER, *Biblia y misión, Fundamentos bíblicos de la misión* (Estella, Edit. Verbo Divino, 1985) p.430.

<sup>5</sup> Cfr. J. ERNST, *Il vangelo secondo Marco* (Brescia, Morcelliana, 1991) I, II.

Una nota característica del *discipulado evangélico*, que no se encuentra en otros tipos de discipulado, consiste en que es eminentemente relacional y oblativo, en sintonía con las mismas vivencias de Cristo. El apóstol ha sido llamado para un *encuentro personal* con Cristo (cfr. Mc 3,13-14; Jn 1,39), que se convierte en *seguimiento evangélico* y en *comunión apostólica* (cfr. Mt 4,19-22; Mc 10,21-31; Lc 10,1), para *compartir la vida con Cristo* (Mc 10,38) y *continuar su misma misión* (Jn 20,21). Por esto la acción evangelizadora presupone una experiencia de relación personal con Cristo, para poder decir: «Os anunciamos lo que hemos visto y oído... el Verbo de la vida» (1Jn 1,1ss).

El discipulado es un itinerario de formación misionera, que, por ello mismo, debe ser «continuada» o «*permanente*», necesaria especialmente en los momentos actuales de cambios acelerados y globales, que reclaman una adaptación y potenciación continua (cfr. OT 22). Es siempre y en cualquier vocación, «un itinerario de progresiva asimilación de los sentimientos de Cristo hacia el Padre» (VC 65).

En este tema del discipulado evangélico, *Pedro y Pablo* son el símbolo de los demás Apóstoles y la señal de garantía de un verdadero seguimiento de Cristo y de una misión auténtica. La comunidad eclesial primitiva se hacía disponible a la misión porque todos «eran asiduos en la predicación de los Apóstoles» (Hech 2,42), siguiendo su testimonio. «Los Doce son los primeros agentes de la misión universal, constituyen un «sujeto colegial» de la misión, al haber sido escogidos por Jesús para estar con él y ser enviados «a las ovejas perdidas de la casa de Israel» (Mt 10,6). Esta colegialidad no impide que en el grupo se distinguan figuras singularmente, como Santiago, Juan y, por encima de todos, Pedro, cuya persona asume tanto relieve que justifica la expresión: «Pedro y los demás Apóstoles» (Hech 2,14.37). Gracias a él se abren los horizontes de la misión universal en la que posteriormente destacará Pablo, quien por voluntad divina fue llamado y enviado a los gentiles (cfr. Gal 1,15-16)» (RMi 61).

*Pablo* se presenta en el contexto de la misión universalista «ad gentes» de la Iglesia primitiva, como «instrumento escogido» (Hech 9,15). La ocasión para que él entrara ya plenamente en esta misión, se dio en Antioquía (cfr. Hech 11,20ss), cuando las numerosas conversiones de los gentiles aconsejaron a los Apóstoles enviar a Bernabé, quien, a

su vez, invitó a Pablo para emprender una nueva etapa evangelizadora. El apóstol Pablo fue siempre fiel al proyecto misionero de Dios, como «encadenado por el Espíritu» (Hech 20,22).

El «Apóstol de las gentes» sigue el modelo de los demás apóstoles, con la particularidad de dedicarse especialmente a la misión de primera evangelización. La misión de Pablo sólo se puede comprender a partir de su encuentro con Cristo resucitado en el camino de Damasco (cfr. Hech 9,1-19). Repetidas veces cuenta su «conversión», siempre como punto de partida de su entrega a la misión (cfr. Hech 22,3-21; 26,9-20). En él, la misión tiene como fuente el amor: «Me amó» (Gal 2,20); «la caridad de Cristo me urge» (2Cor 5,14); «urge que él reine» (1Cor 15,25). Por esto, su entrega apostólica tiene esta característica de «completar» a Cristo por amor a su Iglesia (cfr. Col 1,24), y de preocuparse «por todas las Iglesias» (2Cor 11,28).

## 2. EL CAMINO HISTÓRICO DEL DESPERTAR MISIONERO EN AMÉRICA LATINA

Desde el siglo XVI, América Latina había seguido un proceso evangelizador, fuertemente respaldado por las ayudas de otras Iglesias particulares del viejo Continente. La independencia de las diversas naciones de América (1810-1824) dio un nuevo rumbo al proceso evangelizador, pero el personal apostólico continuó proviniendo y dependiendo, durante muchos años, de las antiguas metrópolis. Hubo siempre, ya desde el inicio, grandes figuras misioneras locales (algunas ya beatificadas o canonizadas), más bien a nivel de evangelización «ad intra» o también en el espacio continental.

En 1899 se celebró en Roma (Colegio Pio Latino) el concilio plenario de América Latina, convocado por León XIII. La persecución mejicana de inicios del siglo XX mostró la solidez del cristianismo, con numerosos mártires. Esta solidez se demuestra también en las numerosas fundaciones nativas, también con derivación misionera universal, así como en grandes figuras espirituales y apostólicas<sup>6</sup>.

<sup>6</sup> Entre los mártires del Japón, figura el mexicano San Felipe de Jesús, franciscano martirizado en Nagasaki, el 5 de febrero de 1597. Otras figuras misioneras latino-

El Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM) celebró conferencias plenarias en Río de Janeiro (1955), Medellín (1968), Puebla (1979) y Santo Domingo (1992), cuyos documentos han tenido gran influencia en el proceso evangelizador. La Vª asamblea del CELAM tendrá lugar en La Aparecida (Brasil), en el año 2007, y se desarrollará en torno al tema del «discipulado» en relación con la misión evangelizadora.

Con ocasión de la 1ª Conferencia del Episcopado Latinoamericano en Río de Janeiro (1955), decía Pío XII: «Abrigamos la gozosa esperanza de que América Latina se dispondrá en breve, con un vigoroso empeño, a cumplir la misión que la Divina Providencia parece haber confiado a ese inmenso continente, que se enorgullece de su fe católica, de tomar parte preferente en la nobilísima tarea de comunicar, también a los demás pueblos, los preciosos dones de paz y salvación»<sup>7</sup>.

América Latina se ha abierto a la misión «ad gentes» de manera ejemplar. Su actitud ha sido puesta como modelo en la encíclica *Redemptoris Missio* (citando el documento de *Puebla*). A ello han contribuido las conferencias plenarias y documentos del CELAM, así como las Obras Misionales Pontificias, los Institutos Misioneros y la toma de conciencia misionera por parte de las Iglesias particulares. Este despertar misionero se ha manifestado en la celebración de los Congresos Misioneros Latinoamericanos (COMLA) y de toda América (CAM). El objetivo de estos congresos es muy preciso y de línea pastoral comprometida: «La finalidad de los COMLA es la coordinación de los esfuerzos a nivel continental, para animar a las Iglesias locales en América Latina a asumir su propia responsabilidad misionera en la tarea de la evangelización de todos los pueblos»<sup>8</sup>.

americanas de la historia: R. BALLAN, *Misioneros de la primera hora, grandes evangelizadores del Nuevo Mundo* (Madrid, Edit. Mundo Negro, 1991); AA.VV., *Testigos de la fe en América Latina* (Buenos Aires y Estella, Verbo Divino, 1986).

<sup>7</sup> *Ad Ecclesiam Christi*, 29 julio 1955: AAS 47, 1955, 541. El documento de *Medellín* (1968), sin hablar directamente sobre la misión «ad gentes», abrió los cauces a una ayuda especial entre Iglesias de América Latina basada en la comunión de Iglesia universal. Cfr. J.F. GORSKI, *Aporte misionero de Medellín*, en: *Medellín, reflexiones en el CELAM* (Madrid, BAC, 1977) 225-243.

<sup>8</sup> COMLA 4, Lima, OMP 1989, p. 7. Ver las «Memorias» respectivas de los COMLA y CAM. Cfr. *Segundo Congreso Misionero latinoamericano, II COMLA* (México, Com. Ep. Mis. y OMPE 1983, pp. 245-252 (despertar misionero de A.L.). Fue programático el tema del tercer COMLA: AA.VV., *América, llegó tu hora de ser evangelizadora* (Bogotá, 1988). Ver también: (Pontificia Comisión para América

Los documentos del Episcopado latinoamericano emanados en sus Conferencias Generales de Medellín (1968), Puebla (1979) y Santo Domingo (1992), han tenido repercusión universal. El documento de *Puebla* (III CELAM), en su contenido misionero «ad gentes», ha sido citado frecuentemente por Juan Pablo II en sus viajes apostólicos y también en la encíclica *Redemptoris Missio*: «Toda Iglesia particular debe abrirse generosamente a las necesidades de las demás... A este propósito es ejemplar la declaración de los Obispos en Puebla: «Finalmente, ha llegado para América Latina la hora... de proyectarse más allá de sus propias fronteras, ad gentes. Es verdad que nosotros mismos necesitamos misioneros. Pero debemos dar desde nuestra pobreza» (cita Puebla, n. 368)... La misión de la Iglesia es más vasta que la comunión entre las Iglesias; ésta, además de la ayuda para la nueva evangelización, debe tener sobre todo una orientación con miras a la específica índole misionera» (RMi 64)<sup>9</sup>.

El documento de *Santo Domingo* (IV CELAM), remitiéndose a *Redemptoris Missio* y al documento de *Puebla*, ratifica esta dimensión misionera y se compromete a ponerla en práctica. Al presentar la proyección a la misión «ad gentes» (1.4.1), dice: «Juan Pablo II en su encíclica misionera nos ha llevado a discernir tres modos de realizar esa misión: la atención pastoral en situaciones de fe viva, la Nueva Evangelización y la acción misionera ad gentes... Podemos decir con satisfacción que el desafío de la misión ad gentes propuesto por Puebla ha sido asumido desde nuestra pobreza, compartiendo la riqueza de nuestra fe con la que el Señor nos ha bendecido. Reconocemos, sin embargo, que la conciencia misionera ad gentes es todavía insuficiente o débil» (Documento de *Santo Domingo*, 125)<sup>10</sup>.

Latina), *Evangelizadores, Obispos, sacerdotes y diáconos, religiosos y religiosas, laicos* (Lib. Edit. Vaticana 1996); (DEMIS-CELAM) *Ha llegado tu hora, el deber misionero de América Latina* (Bogotá, 1984); R. AUBRY, *La misión siguiendo a Jesús por los caminos de América Latina* (Buenos Aires, Edit. Guadalupe, 1990); R. BALLAN, *El valor de salir, la apertura de América Latina a la misión universal* (Lima, Edic. Paulinas, 1990); J. ESQUERDA BIFET, *El despertar misionero «Ad Gentes» en América Latina*: Euntes Docete 45 (1992) 159-190. Sobre el CAM2, COMLA 7 (2004): AA.VV., *CAM2, COMLA 7: Misiones Extranjeras 200-201* (mayo-agosto 2004); *Desde América la Misión Ad Gentes*: Medellín 30 (2004) n. 117.

<sup>9</sup> Ver: DEMIS-CELAM, *La misión «desde la pobreza» (una audacia de Puebla)* (Bogotá 1985); *Dar desde nuestra pobreza, vocación misionera de América Latina* (Bogotá 1987).

<sup>10</sup> Cfr. R. BALLAN, *La misión Ad Gentes: una prioridad. Lectura misionera de Santo Domingo*: Revista Teológica Limense 39 (1995) 275-292; Idem, *Latinoamérica*

Un aporte misionero de las Comisiones Episcopales de Misiones y de las Obras Misionales Pontificias en América Latina, constataba en el año 1992: «La Iglesia en América Latina está viviendo una hora de gracia, que se manifiesta en el florecimiento de las vocaciones, en las salidas recientes de grupos de misioneros ad gentes, en nuevos movimientos e iniciativas apostólicas, en el fervor de las comunidades cristianas, especialmente comunidades eclesiales de base, y en el valor de tantos profetas y mártires que arriesgaron y ofrecieron su vida para defender a los pobres y liberar a los oprimidos. Con razón la Iglesia considera a América Latina «el continente de la esperanza». Esta hora privilegiada debe ser aprovechada»<sup>11</sup>.

Los discursos de Juan Pablo II en sus viajes pastorales a América Latina son una catequesis constante y progresiva para formar la conciencia de las Iglesias particulares y de todas las personas y sectores del Pueblo de Dios. Casi siempre se trata de un llamado a una apertura «ad gentes», que constituye una «memoria misionera» o un «catecismo misionero»<sup>12</sup>.

En estas llamadas a América Latina, el Papa acentuaba el deber misionero especialmente de las *Iglesias particulares*, llamando la atención de las *Conferencias Episcopales* y de los *Obispos* en particular<sup>13</sup>. La *vocación y el ministerio sacerdotal* tienen necesariamente derivación «ad gentes», por el hecho de participar en la misma misión de Cristo y por su pertenencia a la Iglesia particular y su colaboración estrecha con los Obispos<sup>14</sup>. La *vida consagrada y contemplativa* equi-

*misionera, una prioridad pastoral afirmada en Santo Domingo*: Medellín 21 (1995) 251-264.

<sup>11</sup> Aporte misionero de las Comisiones Episcopales de Misiones y de las Obras Misionales Pontificias de América Latina para la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Santo Domingo 1992 (Santa Fe de Bogotá, DEMIS-CELAM, 5-8 febrero 1992).

<sup>12</sup> R. BALLAN hace un balance muy completo, a partir de unos 500 documentos, en: *El valor de salir*, o.c., primera parte, primera sección.

<sup>13</sup> Ver especialmente el Mensaje al COMLA 3 (1987). También discursos en la catedral de Bogotá (1 de julio de 1986), a los obispos de Colombia (2 de julio de 1986), a los obispos de Argentina (12 de junio de 1982), a los representantes de las diócesis de Bolivia (12 de mayo de 1988), al CELAM en Río de Janeiro (2 de julio de 1980), en diversas visitas «ad Limina» durante estos últimos años, etc.

<sup>14</sup> Los discursos del Papa tienen lugar en encuentros especiales y también en ordenaciones sacerdotales: ordenación sacerdotal en Lima (3 de febrero de 1985), en Florida de Uruguay (8 de mayo de 1988), encuentro en Cochabamba de Bolivia (11 de mayo dd 1988), etc.

vale a una disponibilidad permanente (oraciones, sacrificio y colaboración) para la Iglesia universal<sup>15</sup>. La *vocación laical* es también un compromiso misionero sin fronteras aplicado especialmente al hecho de ser fermento evangélico en las estructuras humanas<sup>16</sup>.

El hecho de dar misioneros «ad gentes» y de enviar personal a otras Iglesias más necesitadas del Continente, ha mejorado la distribución de los apóstoles en las propias Iglesias locales<sup>17</sup>.

Juan Pablo II resumía así su impresión personal después de numerosos viajes pastorales por América Latina: «He podido observar, personal y directamente, la vitalidad de aquellas Iglesias, proyectadas con gran generosidad pastoral hacia el próximo futuro... La Iglesia en América Latina vive una tensión espiritual y apostólica propia y ha entrado en un adviento especial»<sup>18</sup>. Decía también en otra ocasión: «Estamos seguros de que los beneficios ahora recibidos serán devueltos más tarde considerablemente multiplicados. Llegará un día en que América Latina podrá restituir a toda la Iglesia de Cristo lo que haya recibido»<sup>19</sup>.

<sup>15</sup> Discursos en São Paulo (3 de julio de 1980), Quito (30 de enero de 1985), a la CLAR en Bogotá (2 de julio de 1986), en Maipú de Chile (3 de abril de 1987), en Montevideo (31 de marzo de 1987), en Lima (15 de mayo de 1988), etc. Ver la carta apostólica a las religiosas de clausura de América Latina (12 de diciembre de 1989) y también la carta apostólica «Los caminos del Evangelio», dirigida a todos y cada uno de los religiosos y religiosas de América Latina (29 de junio de 1990).

<sup>16</sup> Ver especialmente la homilía durante la beatificación de Juan Diego, de los tres niños mártires de Tlaxcala y del sacerdote José M<sup>a</sup> de Yermo y Parres en la Basílica de Nuestra Señora de Guadalupe (6 de mayo de 1990). Cfr. *La participación de los laicos en la vida y misión de la Iglesia en América Latina* (Città del Vaticano, Consejo Pontificio para los Laicos 1980) (textos de la reunión de los Obispos Presidentes de Comisiones o Departamentos de Apostolado Seglar de las Conferencias Episcopales de América Latina).

<sup>17</sup> A. DE SILVA, *Intercomunhão das Igrejas locais e distribuição dos agentes de evangelização*: Igreja e Missão 34 (1982) 263-295; J. ESQUERDA BIFET, *La distribución del clero, Burgos 1972. Idem, Cooperación entre Iglesias particulares y distribución de efectivos apostólicos*: Euntes Docete 34 (1981) 427-454 (comentario a «Postquam Apostoli»).

<sup>18</sup> JUAN PABLO II, Disc. al COGECAL, 28 abril 1986: Insegnamenti X/1, 1987, 1447.

<sup>19</sup> JUAN PABLO II, Disc. al CELAM, Río de Janeiro, 2 de julio 1980, en el 25º año de este organismo: Insegnamenti III/2, 1980, 32. Cita a Pío XII: *Ad Ecclesiam Christi*, 29 julio 1955: AAS 47, 1955, 539-544.

### 3. LA URGENCIA DE MAYOR APERTURA Y PROGRAMACIÓN EN LA MISIONARIEDAD DE LA IGLESIA EN AMÉRICA LATINA, A LA LUZ DEL DISCIPULADO

En el momento de asumir la responsabilidad misionera, se constatan ciertas alergias y prevenciones, además de retrasos: porque falta programación adecuada y hay muchos malentendidos y un cierto sentido feudal del propio campo de apostolado: como si el «apóstol» fuera el amo y señor de su «feudo» o propiedad... La Iglesia que fundó Jesús es una sola y abarca a toda la humanidad; se concretiza en cualquier Iglesia particular, donde resuena (o tiene que resonar) toda la Iglesia universal.

El despertar de las vocaciones, su fidelidad, perseverancia y generosidad, dependerá del espíritu misionero universal, que disipa los problemas personalistas y localistas de «campanario».

La urgencia misionera es parte esencial de la «nueva evangelización», que reclama un nuevo fervor de los apóstoles, para responder a los nuevos retos. El concepto de «nueva evangelización» presenta dificultades al querer delinearlos, por falta de precisión conceptual y por ser más bien una palabra descriptiva. Puede indicar una renovación para poder responder a las situaciones actuales. Pero también puede señalar ciertos vacíos en las comunidades cristianas, que tienen que llenarse por un proceso de «reevangelización». Puede darse en «los países de antigua cristiandad» y «también en las Iglesias más jóvenes, donde grupos enteros de bautizados han perdido el sentido vivo de la fe o incluso no se reconocen ya como miembros de la Iglesia, llevando una existencia alejada de Cristo y de su Evangelio» (RMi 33)<sup>20</sup>.

<sup>20</sup> Como se sabe, la expresión «nueva evangelización» fue usada por Juan Pablo II, por primera vez, en Puerto Príncipe, Haití, 9 de marzo de 1983 (*Insegnamenti* VI, 1983, 698): «La conmemoración del medio milenio de evangelización tendrá su significación plena si es un compromiso vuestro como obispos, junto con vuestro Presbiterio y fieles; compromiso, no de re-evangelización, pero sí de una evangelización nueva. Nueva en su ardor, en sus métodos, en su expresión». Posteriormente, en Santo Domingo, 11 y 12 de octubre de 1984 (*Insegnamenti* VII/2, 1984, 885-897). El Papa ha hecho frecuentes llamamientos a ponerla en práctica, como puede leerse en la encíclica *Veritatis Splendor*: «La evangelización y, por tanto, la «nueva evangelización» comporta también el anuncio y la propuesta moral» (VS 107). Las Exhortaciones Apostólicas Postsinodales de cada Continente (Eaf, EAm, EAs, EEu, EO) aplican el término a la situación concreta de los respectivos lugares.

La llamada a la «nueva evangelización» incluye una existencia de renovación de la comunidad cristiana para hacerla responsable de la evangelización «ad intra» y «ad gentes». Existe una relación estrecha entre la «nueva evangelización» y la evangelización «ad gentes»: «La nueva evangelización de los pueblos cristianos hallará inspiración y apoyo en el compromiso por la misión universal» (RMi 2).

El lazo de unión entre la situación de pastoral ordinaria y de pastoral «ad gentes», puede ser la «nueva evangelización», puesto que toda comunidad cristiana debe entrar en un proceso de pastoral intensiva (pastoral ordinaria) para que se renueve en todas sus dimensiones (nueva evangelización) y se haga misionera sin fronteras (misión y pastoral «ad gentes»). La «nueva evangelización», mientras potencia la misión de pastoral ordinaria, transforma la comunidad del Resucitado en misionera para la evangelización «ad gentes»<sup>21</sup>.

El Papa invita a «una nueva evangelización de América Latina, que despliegue con más vigor un potencial de santidad, un gran impulso misionero»<sup>22</sup>. «Construir la «civilización del amor» y afrontar una «nueva evangelización», presupone una respuesta a este llamado: «Id por todo el mundo»<sup>23</sup>. La nueva evangelización llegará a la raíz de la promoción humana y transformará la cultura en cultura cristiana (como

<sup>21</sup> El documento de Santo Domingo (*Nueva evangelización, promoción humana, cultura cristiana*) dedica al tema el capítulo primero de la segunda parte, señalando su significado dinámico, el sujeto (toda la comunidad eclesial), la finalidad, los destinatarios, el contenido, el nuevo ardor, los nuevos métodos y las nuevas expresiones. Cfr. CELAM, *Nueva evangelización, génesis y líneas de un proyecto misionero* (Bogotá 1990); J. ESQUERDA BIFET, *Renovación eclesial y espiritualidad misionera para una nueva evangelización*: *Seminarium* 31 (1991) n. 1, 135-147; J. LOPEZ GAY, *Il rapporto tra la «nuova evangelizzazione» e la missione «ad gentes» secondo l'enciclica «Redemptoris Missio»*: *Seminarium* (1991) n. 1, 91-105; G. MELGUIZO, *La nueva evangelización en el magisterio de Juan Pablo II, el CELAM y la preparación de la IV Conferencia*, en: *Hacia la cuarta Conferencia* (Santa Fe de Bogotá, CELAM, 1992) 163-180; F. SEBASTIAN, *Nueva Evangelización* (Madrid, Encuentro 1991); A. SALVATIERRA, *Retos y factores de la Nueva Evangelización*: *Lumen* 40 (1991) 234-295.

<sup>22</sup> JUAN PABLO II, Alloc. 11.10.84, en Santo Domingo, a los obispos del CELAM: *Insegnamenti* VII/2, 1984, 896.

<sup>23</sup> JUAN PABLO II, Mensaje al COMLA 4 de Lima: *Memorias del COMLA 4, o.c.*, pp. 82-84.

inserción salvífica del Evangelio en la cultura), si no pierde de vista este enfoque necesario hacia la misión «ad gentes».<sup>24</sup>

*Ecclesia in America* ofrece este significado vivencial de la misión: «No se trata sólo de enseñar lo que hemos conocido, sino también, como la mujer samaritana, de hacer que los demás encuentren personalmente a Jesús: «Venid a ver» (Jn 4, 29)... La Iglesia, que vive de la presencia permanente y misteriosa de su Señor resucitado, tiene como centro de su misión «llevar a todos los hombres al encuentro con Jesucristo»... En efecto, encontrar a Cristo vivo es aceptar su amor primero, optar por Él, adherir libremente a su persona y proyecto, que es el anuncio y la realización del Reino de Dios» (EAm 68)<sup>25</sup>.

*Ecclesia in America* señala también algunas urgencias que afectan al campo de la evangelización: identidad cristiana (n. 14), frutos de santidad (n. 15), piedad popular (n. 16), presencia católico-oriental, el fenómeno de la globalización (n. 20), la urbanización creciente (n. 21), el peso de la deuda externa (n. 22 y 59), la corrupción (n. 23 y 60), el comercio y consumo de drogas (n. 24 y 61), el poco respeto a la ecología (n. 25), los pecados sociales (n. 56), la cultura de muerte (n. 63), los pueblos indígenas y de origen africano (n. 64), los inmigrantes (n. 65), el desafío de las sectas (n. 73), etc.

La misión «ad gentes» es un compromiso de urgencia de la Iglesia en América Latina. «La conciencia de la universalidad de la misión evangelizadora que la Iglesia ha recibido debe permanecer viva, como lo ha demostrado siempre la historia del pueblo de Dios que peregrina en América. La evangelización se hace más urgente respecto a aquéllos que viviendo en este Continente aún no conocen el nombre de Jesús,

<sup>24</sup> La exhortación postsinodal *Ecclesia in America* (EAm) resume el tema de la «nueva evangelización» en el n. 6 y en todo el cap. VI.

<sup>25</sup> Ver una descripción de la situación actual de América Latina, en el cap. II de la exhortación apostólica *Ecclesia in America*. Algunos estudios sobre este documento: (Pontificia Comisión para América Latina) *Iglesia en América. Al encuentro de Jesucristo vivo* (Lib. Edit. Vaticana, 2001) (trabajo en colaboración); (Conferencia del Episcopado Mexicano) *Del encuentro con Jesucristo a la solidaridad con todos* (México 2000). Exhortaciones postsinodales sobre cada Continente: *Ecclesia in Africa* (1995); *Ecclesia in America* (1999); *Ecclesia in Asia* (1999); *Ecclesia in Oceania* (2001); *Ecclesia in Europa* (2003). Estas exhortaciones ofrecen también una breve síntesis histórica y de la situación actual.

el único nombre dado a los hombres para su salvación (cfr. Hech 4, 12). Lamentablemente, este nombre es desconocido todavía en gran parte de la humanidad y en muchos ambientes de la sociedad americana» (EAm n. 74)<sup>26</sup>.

Las llamadas de Juan Pablo II han sido constantes, con ocasión de viajes pastorales y de mensajes en congresos de diversa índole. A veces se basan en el mandato misionero de Cristo, que debe ser escuchado hoy por ser siempre actual: «¡Iglesia de América Latina! Cristo te habla con las mismas palabras con las que habló entonces (había citado Mc 16, 15 y Hech 1, 8) y te envía a predicar la Buena Nueva a toda criatura, lo mismo que envió a los Apóstoles el día de la Ascensión»<sup>27</sup>. «El tercer milenio de la historia de la Iglesia espera mucho de América Latina, a quien la divina Providencia, en sus arcanos designios, podría llamar a desempeñar un papel relevante en el mundo y en toda la obra de evangelización 'ad gentes'. Por ello, en esta hora importante, os exhorto a un compromiso conjunto de Pastores y fieles»<sup>28</sup>.

Otras veces, como en el COMLA 3 de Bogotá, el Papa estimula a agradecer la fe recibida comunicándola: «América Latina... ha de saber comunicar a los demás la fe recibida, compartiendo las gracias particulares que han acompañado el don de la fe. Durante este medio milenio de vida cristiana en América latina, el Espíritu Santo ha enriquecido con sus dones a las diversas comunidades de creyentes concediéndoles grandes santos y numerosos misioneros. De este modo se han ido preparando los caminos para poder llevar ahora el Evangelio al mundo de hoy»<sup>29</sup>.

<sup>26</sup> Es la llamada que se hace también en las otras exhortaciones apostólicas para los respectivos Continentes: EEu nn. 45 y 64; Eaf nn. 128-130, 137; EAs n. 20; EO nn. 11, 13. Ver también: *Pastores Gregis* n. 65 (toda Iglesia particular debe abrirse responsablemente a la Iglesia universal). Cfr. R. AUBRY. *Signos indicadores (La misión «ad gentes» desde América Latina)* (Bogotá, DEMIS-CELAM, 1984).

<sup>27</sup> JUAN PABLO II, Clausura V Congreso Eucarístico y Mariano de los países bolivarianos, Lima, 15 mayo 1988: Insegnamenti XI/2, 1988, 1426.

<sup>28</sup> JUAN PABLO II, Disc. en Cartagena, Col., 6 julio 1986: Insegnamenti, IX/2, 1986, 190. Otra afirmación parecida: «La Iglesia de toda América Latina, si mantiene su fidelidad a Cristo, podrá ser luz que ilumine al mundo para que camine por el sendero de la solidaridad» (en Buenos Aires, 10 abril 1987: Insegnamenti X/1, 1987, 1210-1211).

<sup>29</sup> JUAN PABLO II, Mensaje al COMLA 3, 6 julio 1987: Insegnamenti X/3, 1987, 35-39.



Se trata de «la hora misionera» de América Latina, a modo de «kairós»: «Ha llegado para toda América Latina la hora de emprender una evangelización sin fronteras»<sup>30</sup>. «Vuestra 'hora misionera'... es el compromiso de una herencia recibida»<sup>31</sup>.

Ante esta realidad y en vistas a una respuesta coherente y generosa, se podría elaborar una lista de aportaciones específicas de América Latina a la misión «ad gentes»:

- 1ª) Realizar la evangelización «ad gentes» *a partir de la propia pobreza*, dispuestos a darse a sí mismos y a compartir de la propia pobreza sin esperar a ser ricos, sensibles a los que son «doblemente pobres», de pobre a pobre sin ataduras para una evangelización sin fronteras.
- 2ª) Evangelizar a partir de una experiencia de la propia *liberación o salvación integral*, que llega hasta la raíz del pecado para recuperar a toda la persona y a todas las comunidades sin exclusivismos ni reduccionismos.
- 3ª) Evangelizar a partir de una *experiencia de inculturación* que respeta el proceso de inserción del Evangelio en otras culturas, salvando todos los valores, purificándolos y llevándolos a la plenitud evangélica, sin condicionamientos por parte de la cultura del evangelizador. Tener en cuenta la experiencia ya realizada (aunque siempre incompleta) con las culturas indígenas. Aquí entra de lleno el modelo «guadalupano».
- 4ª) Evangelizar valorando la *dignidad del ser humano*, por lo que es, más que por lo que tiene o hace, sin distinción ni privilegios de casta, nivel social, cultura, raza, religión.
- 5ª) Evangelizar aportando el *testimonio de unidad entre Iglesias hermanas y de unidad dentro de la propia Iglesia local y de la Iglesia universal*. Latinoamérica se ha distinguido siempre por el amor al Papa y el sentido de comunión universal.

<sup>30</sup> JUAN PABLO II, Discurso en la catedral Bogotá, 1 julio 1986: Insegnamenti, IX/2, 1986, 23.

<sup>31</sup> JUAN PABLO II, Discurso en Tumaco, 4 julio 1986, Insegnamenti IX/2, 1986, 105.

- 6ª) Evangelizar con el *signo de la esperanza* que se apoya en Cristo (confianza) y que tiende a una recapitulación de toda la humanidad en Cristo (Ef 1,10), pasando por el misterio de la *cruc* (a veces, martirial), asumida para llegar al gozo de Cristo resucitado.
- 7ª) Evangelizar *a partir de la Iglesia particular o local*, como concretización y eco de la Iglesia universal y como diócesis misionera, que invita a vivir en la comunión con todas las vocaciones, carismas y ministerios, en vistas a compartir con otras Iglesias hermanas y a construir la Iglesia universal. «Cuanto más vital sea la Iglesia particular, tanto más hará presente y visible a la Iglesia universal y más fuerte será su movimiento misionero hacia los otros pueblos» (Puebla 363)<sup>32</sup>.
- 8ª) Evangelizar con la disponibilidad y experiencia del *martirio*, que ha sido enfatizada en toda la tradición eclesial para el primer anuncio del evangelio y que es una aportación peculiar de América Latina, a través de su historia y también en los tiempos presentes.
- 9ª) Aprovechar los valores de la *religiosidad o piedad popular*, que aparecen principalmente en la *piedad mariana*, vivida en torno a los santuarios. La Virgen de Guadalupe, como «estrella de la primera evangelización» y «primera evangelizadora de América», sería como el paradigma de una presencia mariana que transmite el misterio de Cristo sin dañar la preparación evangélica. Los dos mil nombres de lugares con matiz mariano en América Latina, son un catecismo y una «memoria» de la Iglesia, a modo de historia de gracia, resumen del alma de un pueblo y herencia recibida que debe compartirse con los demás hermanos.
- 10ª) El fuerte *sentido de Dios*, de su cercanía y de su misterio, hacen de América Latina un Continente que puede responder a los desafíos actuales sobre «la dimensión espiritual de la vida», como «areópago que hay que evangelizar» (RMI 38; cfr. EN 76).

<sup>32</sup> «Es por todo esto que el Concilio (Ad Gentes) impulsa a todas las Iglesias locales, sin excepción, y especialmente a los obispos que las presiden, a tomar conciencia de su vocación misionera y a actuar en consecuencia... La vocación a la misión no es propia, en primer lugar de las Congregaciones, sino sobre todo de los obispos y su presbiterio» (Documento de Lima: *La Iglesia latinoamericana y la misión ad gentes*, Lima, feb, 4-7, 1981, n. 10). Ver el documento en: S. GALILEA, *La responsabilidad misionera de América Latina* (México, Misiones Culturales de B.C., 1981), pp. 77-81.

En América Latina, a mi entender, se encuentra un campo de experimentación de los diversos *ámbitos «ad gentes»* señalados por la encíclica *Redemptoris Missio* (n.37-38; cfr. Puebla 71ss). Para hacerse disponible al *ámbito geográfico* (misión a otros pueblos), hay que aprender a responder a los otros ámbitos (*ámbito sociológico y cultural*), como son las megalópolis, las migraciones, las culturas, los sectores marginados, etc.

En la medida en que la Iglesia responda evangélicamente a estas realidades internas del Continente, podrá aportar algo propio a la misión «ad gentes» en los tres ámbitos, existentes también en otros pueblos. Al mismo tiempo, en la medida en que América Latina se comprometa en la misión «ad gentes» (hacia otros pueblos), en los tres ámbitos indicados, será capaz de afrontar esos mismos ámbitos en su propia tierra. «La Iglesia en Latinoamérica... está llamada a dar un alma cristiana a esta situación de cambios audaces y acelerados»<sup>33</sup>.

## A MODO DE CONCLUSIÓN

América Latina ha sido llamada «continente de la esperanza». Este calificativo la coloca necesariamente a nivel de misión universal. La esperanza cristiana se apoya en Cristo resucitado, que es el punto de referencia y de encuentro de toda la humanidad. Por esto América Latina ha sido también llamada el «continente de la esperanza misionera»<sup>34</sup>.

La tensión misionera de la esperanza equivale a confianza y compromiso: «La esperanza cristiana nos sostiene en nuestro compromiso a fondo para la nueva evangelización y para la misión universal» (RMi 86). «Renovar el espíritu de la misión es también recuperar su mística de itinerancia y provisoriedad»<sup>35</sup>.

«La fe se fortalece dándola» (RMi 2) y también se agradece del mismo modo, con el gozo de compartirla con toda la humanidad.

<sup>33</sup> JUAN PABLO II, Alocución en Cartagena (6 de julio de 1986): Insegnamenti IX/2 (1986) 192.

<sup>34</sup> Mensaje del Papa en el COMLA 3. Cfr. *América, llegó tu hora de ser evangelizadora*, o.c., n.5.

<sup>35</sup> S. GALILEA, *La responsabilidad misionera de América Latina*, o.c., p.30.

La situación privilegiada de América Latina, en cuanto a su potencial evangelizador y a su vitalidad cristiana, es una invitación (a modo de «signo de los tiempos»), para pasar de ser una comunidad evangelizada a una comunidad predominantemente evangelizadora.

El número y calidad de las vocaciones se ha ido dando gracias al espíritu misionero. Si no hubiera continuidad en esta línea «ad gentes» de la pastoral vocacional o no hubiera generosidad para dar estas vocaciones a otras Iglesias más pobres, ciertamente su número, su calidad y su perseverancia decrecerían en los próximos años.

Este proceso y dinamismo misionero no debe estancarse ante las dificultades y alergias, sino que tiene que abrirse más, desde las características peculiares que emergen en la historia de gracia de la evangelización en América Latina. Los *santuarios marianos* deben llegar a ser centros de renovación y de misión.

La Iglesia en América Latina, con esta disponibilidad de misión «ad gentes», sabrá superar las situaciones del Continente, que, a veces, son de «primera evangelización». Si América Latina no da desde su pobreza, quedará definitivamente empobrecida.

La respuesta a la misión «ad gentes», dentro y fuera del Continente, es la que corresponde a un *verdadero «discipulado»*, que se inspire en el encuentro con Cristo y en su seguimiento, a nivel personal y comunitario. Toda comunidad eclesial, por ser la comunidad del Resucitado, tiene que asumir la misión universalista confiada por el Señor.

Parece como si, desde un mundo globalizado, surgiera una llamada apremiante: «Ven a ayudarnos» (Hech 16,9). La herencia recibida sólo se puede agradecer adecuadamente en la misma línea de gratuidad con que se impartió: «La Iglesia de Dios... heredera de una tan rica tradición evangelizadora, ha de seguir siendo siempre misionera»<sup>36</sup>.

A todas las Iglesia particulares de América Latina se puede aplicar la enseñanza de la exhortación apostólica postsinodal *Pastores Gregis*, donde se afirma que toda Iglesia particular debe abrirse responsable-

<sup>36</sup> JUAN PABLO II, Viedma, 7 abril 1987: Insegnamenti, X/1, 1987, 1136.

mente a la Iglesia universal: «Los Obispos, como miembros del Colegio episcopal, no sólo son consagrados para una diócesis, sino para la salvación de todos los hombres. Los Padres sinodales volvieron a recordar esta doctrina expuesta en el Concilio Vaticano II para destacar que cada Obispo ha de ser consciente de la índole misionera del propio ministerio pastoral. Toda su acción pastoral, pues, debe estar caracterizada por un espíritu misionero, para suscitar y conservar en el ánimo de los fieles el ardor por la difusión del Evangelio. Por eso es tarea del Obispo suscitar, promover y dirigir en la propia diócesis actividades e iniciativas misioneras, incluso bajo el aspecto económico» (*Pastores Gregis* n.65).

Se trata de ir a los doblemente pobres, es decir, a otras Iglesias o comunidades no suficientemente implantadas y que carecen de los signos permanentes de Cristo resucitado. La disponibilidad para la misión «ad gentes» es la señal de haber llegado a una cierta madurez como Iglesia particular. Es la dinámica propia de una Iglesia que madura dándose, con gestos y aportes que son siempre posibles cuando se quiere corresponder al proyecto de Dios Amor sobre toda la humanidad.

La apertura de América Latina a la misión «ad gentes» mostrará la realidad de la *Virgen de Guadalupe* como Patrona de todos sus pueblos. Hay una relación muy estrecha entre la disponibilidad misionera y la *actitud materna* de María en su aparición del Tepeyac. Dice el documento de *Santo Domingo*: «Su figura maternal fue decisiva para que los hombres y mujeres de América Latina se reconocieran en su dignidad de hijos de Dios. María es *el sello distintivo de la cultura de nuestro continente*. Madre y educadora del naciente pueblo latinoamericano, en Santa María de Guadalupe, a través del Beato Juan Diego, se «ofrece un gran ejemplo de Evangelización perfectamente inculturada». Nos ha precedido en la peregrinación de la fe... Con alegría y agradecimiento acogemos el don inmenso de su maternidad, su ternura y protección, y aspiramos a amarla del mismo modo como Jesucristo la amó. Por eso la invocamos como Estrella de la Primera y de la Nueva Evangelización» (Documento de *Santo Domingo* 15)<sup>37</sup>.

<sup>37</sup> El documento cita la frase literal de Juan Pablo II: «Un maravilloso ejemplo de evangelización inculturada» (Discurso inaugural de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, Santo Domingo, 12 de octubre de 1992, 24): AAS 85 (1993), 826.

El mismo Papa Juan Pablo II, en la exhortación apostólica *Ecclesia in America*, ofrece afirmaciones clarividentes respecto a la relación de la Virgen de Guadalupe con todo el proceso de evangelización en América Latina: «¿Cómo no poner de relieve el papel que la Virgen tiene respecto a la Iglesia peregrina en América, en camino al encuentro con el Señor? En efecto, la Santísima Virgen, de manera especial, está ligada al nacimiento de la Iglesia en la historia de los pueblos de América, que por María llegaron al encuentro con el Señor. En todas las partes del Continente la presencia de la Madre de Dios ha sido muy intensa desde los días de la primera evangelización, gracias a la labor de los misioneros... Desde los orígenes —en su advocación de Guadalupe— María constituyó el gran signo, de rostro maternal y misericordioso, de la cercanía del Padre y de Cristo, con quienes ella nos invita a entrar en comunión» (EAm 11)<sup>38</sup>.

El camino formativo (personal y comunitario) del *discipulado evangélico* es fuertemente relacional y oblativo: de *encuentro personal* con Cristo (cfr. Mc 3,13-14; Jn 1,39); de *seguimiento evangélico* y en *comunión apostólica* (cfr. Mt 4,19-22; Mc 10,21-31; Lc 10,1); para *compartir la vida con Cristo* (Mc 10,38); y *continuar su misma misión* (Jn 20,21).

América Latina, a la luz del discipulado y de la *Virgen de Guadalupe*, tiene una deuda histórica que es posible saldar por medio de la respuesta generosa a la *misión «ad gentes»*. Se trata, en efecto, de sentirse responsables, como cristianos, para comunicar a «todos los pueblos» («ad gentes») la experiencia de que la imagen mariana de Guadalupe es «un gran ejemplo de Evangelización perfectamente inculturada» (*Santo Domingo* n.15). En cada país y según diversas invocaciones, la figura de María ha de ir llegando al corazón del pueblo, en su cultura y en sus vivencias, para garantizar la autenticidad del evangelio respetando, al mismo tiempo, los contenidos culturales.

<sup>38</sup> Continúa Juan Pablo II: «La aparición de María al indio Juan Diego en la colina del Tepeyac, el año 1531, tuvo una repercusión decisiva para la evangelización. Este influjo va más allá de los confines de la nación mexicana, alcanzando todo el Continente. Y América, que históricamente ha sido y es crisol de pueblos, ha reconocido en el rostro mestizo de la Virgen del Tepeyac, en Santa María de Guadalupe, un gran ejemplo de evangelización perfectamente inculturada» (EAm: 11; cfr. n. 70).

En efecto, la Virgen del Tepeyac recuerda a todos los creyentes que ella ya se encuentra en el corazón de todos los pueblos y de todas las culturas, esperando poder dar a luz a Jesús en sus corazones. Sólo faltan misioneros al estilo de San Juan Diego o de tantas figuras misioneras del continente latinoamericano, que supieron saldar la cuenta que tenían con la Virgen, escuchando de nuevo su mensaje materno: «No estoy yo aquí, que soy tu Madre?». Ella es Madre de todos. «Esta maternidad de María perdura sin cesar en la economía de la gracia, desde el momento en que prestó fiel asentimiento en la Anunciación, y lo mantuvo sin vacilación al pie de la Cruz, hasta la consumación perfecta de todos los elegidos» (LG 62).

El *discipulado* evangélico incluye la invitación de Jesús: «He aquí a tu Madre» (Jn 19,27). Y se concreta en «contemplación» del mensaje de Jesús («hagan lo que él les diga»: Jn 2,5), seguimiento evangélico («con su Madre»: Jn 2,12) y cumplimiento del mandato misionero del Señor (de evangelizar a todos los pueblos), con la actitud y el «*amor materno*» de María, porque ella «es el ejemplo de aquel amor maternal con que es necesario que estén animados todos aquellos que, en la misión apostólica de la Iglesia, cooperan a la regeneración de los hombres» (RMi 92; cfr. LG 65). La «memoria» de María, tan patente en los santuarios marianos de América Latina, equivale a la toma de conciencia de su presencia activa y materna en el campo de la evangelización, como modelo y ayuda en el seguimiento y *discipulado evangélico* de todos los creyentes y de toda la comunidad eclesial.